



## HISTORIA DE MIS LIBROS

### TARTARIN DE TARASCON

Pronto hará quince años que publiqué las *Aventuras de Tartarin*.

Tarascon no me las ha perdonado todavía, y viajeros dignos de crédito me aseguran que todas las mañanas, á la hora en que la pequeña ciudad provenzal abre las puertas de sus tiendas y sacude sus alfombras al soplo del gran Ródano, de todas las puertas, de todas las ventanas surgen puños crispados, mira-



das furiosas de ojos negros, gritos de rabia dirigidos hacia París: «¡Ah! ¡Ese Daudet... si llega á venir por aquí... ay de él!...» Como en la historia de Barba Azul: «¡Baja, baja... ó como yo llegué á subir!...»

En una palabra, y sin bromas: Tarascon está indignado.

Era en 1878, cuando la gente de provincias abundaba en los hoteles, en los boulevares y en ese puente gigantesco echado entre el Campo de Marte y el Trocadero. Una mañana, el escultor Amy, tarasconés convertido en parisien- se, vió aparecer en su casa un formidable par de bigotes que había venido á la capital en tren de recreo, con el pretexto de la Exposición Universal, pero en realidad para pedir explicaciones á Daudet sobre el bravo comandante Bravida y sobre la *Defensa de Tarascon*, un cuentecillo publicado por mí en tiempo de la guerra con los prusianos.

—¡Conque iremos á casa de Daudet!

Estas fueron las primeras palabras de aquellos mostachos tarasconenses al entrar en el estudio; y durante quince días

el escultor Amy no oyó más que esta frase: «Y si no, ¿dónde encontraremos á ese Daudet?» El pobre artista no sabía ya qué inventar para ahorrarme el disgusto de aquella aparición heroicó- mica.

Llevaba los bigotes de su tierra á la Exposición; los distraía en la calle de las Naciones, en la Galería de Máquinas; los humedecía con cerveza inglesa, con vino húngaro, con leche de burra, bebidas exóticas y variadas; los aturdía con música morisca, gitana, japonesa; los subía, los encrespaba, los izaba—como Tartarin en su minarete—hasta los torreones del Trocadero.

Pero el rencor del provenzal no disminuía, y desde aquellas alturas, mirando á París, con las cejas fruncidas, preguntaba:

—¿Se ve desde aquí esa casa?

—¿Qué casa?

—¡Toma! ¡La de ese Daudet!

Y así por todas partes. Afortunadamente, el tren de recreo se volvió á llevar, sin satisfacer, la venganza del tarasconense; pero si aquél se había ido, otros



podían venir, y mientras duró la Exposición no pude dormir tranquilo. ¡Ahí es nada, sentir uno encima de sí el odio de toda una ciudad! Hoy mismo, cuando viajo por el Mediodía, me mortifica pasar por Tarascon; y es que sé que allí no me pueden ver, que mis libros están desterrados de sus librerías, que no se les encuentra ni en la estación del ferrocarril; y desde que veo á lo lejos, por la ventanilla del vagón, el castillo del bueno del rey René, me siento mal y deseaba no tener que pasar por allí. Por eso aprovecho esta nueva edición para dar públicamente á los de Tarascon, con todas mis excusas, las explicaciones que el antiguo comandante en jefe de sus milicianos quería exigirme en París.

Tarascon no ha sido para mí más que un seudónimo escogido al azar en la vía férrea de París á Marsella, porque tenía marcado sabor meridional; y cuando lo gritaban los mozos de la estación, sonaba como un grito de guerrero Apache. En realidad, el país de Tartarin y de los cazadores de gorras está un poco más lejos, cinco ó seis leguas más allá, *al*

*otro lado* del Ródano. Allí es donde, siendo muy niño, vi languidecer la adansonia, imagen de mi héroe, que vivía demasiado estrechamente en su pueblecillo; allí donde los Rebuffa cantaban el dúo de *Roberto el Diablo*; allí es, en fin, donde un día de Noviembre de 1861, Tartarin y yo, armados hasta los dientes y cubiertas las cabezas con la *chechia*, salimos para cazar leones en Argel.

A decir verdad, no iba yo allí expresamente para eso, sino porque tenía necesidad de calafatear un poco mis pobres pulmones con un buen sol. Pero por algo ¡vive Dios! he nacido yo en aquel país; y tan pronto como hube puesto el pie en la cubierta del *Zuavo*, donde embarcaron nuestra enorme caja de armas, más Tartarin que el mismo Tartarin, me imaginaba yo realmente que iba á exterminar todas las fieras del Atlas.

¡Encantos del primer viaje! Me parece que fué ayer cuando emprendimos aquella excursión, cuando vi aquel mar azul, pero azul como agua de añil, rizada por el viento y con destellos de sol, y aquel bauprés que se encabritaba, cortaba las

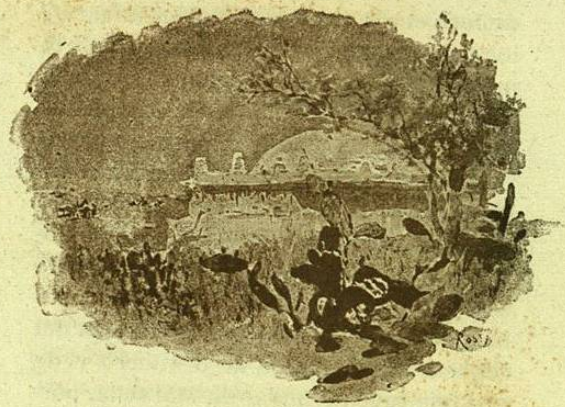


olas, se sacudía la blanca espuma y seguía levantando el pico siempre avante, y las doce del día quemaban, en medio de un sol espléndido, todas las campanas de Marsella, y mis veinte años de edad, que me sonaban también dentro de la cabeza como un alegre repique...

Todo eso me parece estar viéndolo con sólo hablar de ello, y me veo en aquella tierra, y revuelvo los bazares de Argel en una semioscuridad que huele á almizcle, á ámbar, á rosa y á lana caliente; las guzlas ganguean sobre tres cuerdas delante de los pequeños armarios de luna tunecinos con arabescos de nácar, mientras el chorro de agua que brota de una fuente tiñe con su nota fresca los baldosines del patio. Y me veo correteando por el Sahel, por los bosques de naranjos de Blidah, la Chiffa, el arroyo de los Monos, por Milianah y sus colinas llenas de verdor, por sus verjeles entreverados de tornasoles de higueras, de cogurdas, como nuestras bastidas ó quintas provenzales.

Me parece ver el inmenso valle de Chelif, los maqués, los lentiscos, las pal-

meras enanas, los torrentes secos, bordeados por rododafnes; allá en el horizonte, el humo de un *gurbi*, subiendo de un macizo de cactus, el cercado ceniciento de una posada para las caravanas,



el sepulcro de un *santón* con su cúpula blanca en forma de turbante, sus ex votos clavados sobre las paredes blanqueadas con cal, y aquí y allá, en la llanura abrasada por el sol, manchas oscuras que se mueven, y que son otros tantos rebaños.

Aún me parece oír, experimentando también la sensación de golpes secos en



el estómago cada vez que daba una sacudida mi montura árabe, el choque de mis enormes estribos, los gritos de los pastores en aquella atmósfera ondulosa y finísima en la cual rebota la voz: «Si Mohame...d...d...d», los ladridos furiosos de los perros alrededor de los aduares, los tiros y los gritos de las fantasías y la música salvaje de los derbukas, por la noche, sentados delante de la puerta abierta de sus tiendas, mientras los chacales chillan sin cesar en la llanura como si fueran cigarras, y un clarísimo cuarto creciente de luna, el creciente de Mahoma, brillar sobre el fondo de terciopelo estrellado de la noche. También está muy viva en mi memoria la tristeza del regreso, la impresión de destierro y de frío que tuve al entrar en Marsella, porque el azul del cielo provenzal me parecía oscurecido y velado al compararlo con aquellos horizontes argelinos: rica paleta de diapasones intensos y variados, auroras de un verde nunca visto, el verde mineral, el verde pescado; cortos crepúsculos de la tarde, cambiantes y nacarados de púrpura y de amatista; pozos

color de rosa donde se acercan á beber camellos color de rosa también, en los cuales la cuerda del pozo, el brocal, la barba del beduino que bebe asimismo en el cubo, chorrean gotas de color de rosa. ¡Después de veinte años vuelvo á encontrar en mí aquel pesar, aquella nostalgia de la luz que se ha perdido!

Hay en la lengua de Mistral una palabra que resume y define perfectamente todo un instinto de la raza: *galéja* «burlarse, bromear.» Y se ve en ella el rayo de ironía, la chispa maliciosa que brilla en el fondo de los ojos provenzales. *Galéja* surge á cada momento en la conversación, en la forma de verbo, en la de sustantivo. *Vesés-pas? Es uno galejado.* «¿No ves que es una broma?» *Taisoté, galejaire.* «Calle usted, so burlón.» Pero el ser *galejaire* no excluye la bondad ni la ternura. La gente se divierte, es aficionada á reír; y en aquel país la risa anda siempre aparejada á todos los sentimientos, á los más apasionados, á los más tiernos. En una antigua, antiquísima canción de nuestra tierra, la histo-



ría de una dama llamada Florencia, se pinta por manera exquisita esa afición de los provenzales. Florencia se casó siendo casi una niña con un caballero que la cogió tan jovencilla, *la prén tan*

*jouveneto se saup pas courdela*, que ni siquiera sabía abrocharse los cordones. Apenas celebrada

la boda, el dueño y señor de Florencia se ve precisado á marchar á Palestina y á dejar sola á su mujercita.

Han pasado siete años sin que el caballero dé señales de vida, cuando un peregrino, con su calabaza, sus conchas y su lengua barba, se presenta un día á la puerta del castillo.

Viene de tierra de turcos, y trae noticias del marido de Florencia; la joven castellana lo recibe en seguida y lo convida á comer con ella, sentándolo á su mesa.

Lo que sucedió entre ellos puedo decirlo de dos maneras; porque la historia de Florencia, como todas las canciones populares, ha dado la vuelta á toda Fran-



cia en los fardos de los buhoneros, y la he encontrado de nuevo en Picardía con una variante significativa.—En la canción de la Picardía, estando comiendo la dama, rompe á llorar.



—¿Por qué lloráis, bella Florencia? pregunta el peregrino tembloroso.

—Lloro porque os reconozco, y sois mi amado esposo.

Por el contrario, la Florencia provenzal, al verse sentada frente al peregrino de lengua barba, se echa á reir graciosamente.



—¡Eh! ¿de qué os reís, Florencia?

—¡Toma! Me río de que sois mi marido.

Y de un salto se pone sobre las rodillas de su esposo, riendo, y el peregrino ríe también bajo su barba postiza, porque él, lo mismo que ella, es un *galejaïre*, lo cual no les impide amarse con gran ternura y abrazarse y besarse con toda la efusión de sus fieles corazones.

—Pues bien; yo también soy un *galejaïre*.

Entre las brumas de París, entre la salpicadura de su lodo, de sus tristezas, tal vez he perdido la afición y la facultad de reír; pero quien lea *Tartarin* comprenderá que quedaba en mí un fondo de alegría que brotó bruscamente al hermoso sol de mi tierra.

Cierto—yo convengo en ello—cierto que había otras cosas que escribir sobre la Francia argelina mejor que las *Aventuras de Tartarin*; por ejemplo, un estudio de costumbres, real y verdadero, la observación de un país nuevo, colocado en los confines de dos razas y de dos civilizaciones, con su acción refleja, el conquistador conquistado á su vez por

el clima, las costumbres, la incuria, la podredumbre de Oriente, el argelino Doineau y el argelino Bazaine, esos dos productos perfectos de la burocracia árabe. ¡Cuántas revelaciones podían hacerse sobre la miseria de esas costumbres de avanzada, la historia de un colono, la fundación de una ciudad en medio de las rivalidades de tres poderes contrarios: ejército, administración, magistratura. En vez de todo eso, no he hecho más que *Tartarin*, una carcajada, una *galejaïde*.

Es verdad que mi compañero y yo estábamos hechos un buen par de zamacos cuando desembarcamos, con aquellos cinturones colorados y aquellas brillantes *chechias*, en la buena ciudad de Argel, donde no había más turcos que nosotros dos. ¡Con cuánto recogimiento, con cuánta convicción se quitaba Tartarin sus enormes botas de caza á la puerta de las mezquitas, y con qué gravedad y qué apretados los labios se acercaba al santuario de Mahoma, en calcetines de color! ¡Ah! Aquél creía en Oriente, en los *muezzines*, en los leones, en las



panteras, en los dromedarios, en todo lo que habían querido contarle los libros, agrandado aún más por su imaginación meridional.

Yo, fiel como el camello de mi cuento, lo seguía en su sueño heroico; pero á veces dudaba un poco. Recuerdo que una tarde, en Oued-Fodda, salíamos para una cacería de leones, y al pasar por un campamento de cazadores de Africa con toda nuestra impedimenta de escopetones, de carabinas, de revólvers, cuchillos de caza, tuve una sensación aguda de que nos poníamos en ridículo cuando eché de ver el mudo estupor de aquellos soldados que estaban comiendo el rancho á la puerta de sus tiendas. ¿Y si no hubiese leones?

Lo cual no impidió que una hora después, ya cerrada la noche, de rodillas en un bosquecillo de laureles, escudriñando la oscuridad con mis gafas, mientras allá, por encima de mi cabeza, pasaban las grullas piando, y en torno mío los chacales movían la hierba, sintiese yo que me temblaba la carabina en la mano y chocaba el cañón con las guardas del

cuchillo de monte, clavado en la tierra.

He atribuído á Tartarin aquel temblor de miedo y las curiosas reflexiones que los acompañaban; pero esto es una gran injusticia. Os juro por mi nombre que si el león se hubiese presentado, el bueno de Tartarin lo hubiera recibido empuñando el rifle y con el cuchillo levantado; y si su bala se hubiese desperdiciado ó hubiérase faltado el sable en una lucha cuerpo á cuerpo, habría terminado la refriega á bocados, y ahogado á la fiera entre sus brazos, y arañádola con sus uñas, y mordídola con sus dientes, sin huir el bulto siquiera; porque cuando llegaba el caso, era todo un hombre, aquel buen cazador de gorras; y era además un hombre de talento, que fué el primero en reirse de mi *galejaide*.

La historia de Tartarin no fué escrita hasta mucho tiempo después de mi viaje al Africa. El viaje data de 1861 á 1862, y el libro de 1869. Empecé á publicarlo como variedades en el *Petit Moniteur Universel*, con bonitos dibujos de Emilio Benassit. Pero hizo fiasco completo. El



*Petit Moniteur* era un periódico popular, y el pueblo no entiende de irónicas empresas que lo despistan y le hacen creer que quiere uno burlarse de él. Difícilmente podría yo pintar el desencanto de los suscritores de aquel periódico barato, tan partidarios de *Rocamboles* y de Ponson du Terrail, al leer los primeros capítulos de *Tartarin*; desencanto que hasta se convirtió en amenazas de dejar la suscripción, y que se tradujo hasta en injurias personales. Muchos me escribían: «Bien; ¿y qué? ¿Qué prueba eso? ¡Imbécil!» Y firmaban las cartas con pulso alterado y violento. El más desgraciado de todos era Pablo Dalloz, que había hecho grandes gastos para publicarlo, que pagaba caro los dibujos, y al cual le costaba mucho el ensayo intentado. Cuando iban publicados unos diez folletines, me compadecí de él y llevé mi *Tartarin* al *Figaro*, cuyos lectores lo comprendieron mejor. Pero tropezó con otras malas voluntades. El secretario de la Redacción del *Figaro* en aquella época era Alejandro Duvernois, hermano de Clemente Duvernois, antiguo

periodista y ex ministro. Por casualidad había yo conocido nueve años antes (y precisamente con motivo de aquella expedición mía) á Alejandro Duvernois, que por entonces era un modesto empleado en el Gobierno civil de Milianah, y el cual conservaba desde aquella época un verdadero culto hacia la colonia. Enfadado, indignado ante mi ligereza para hablar de su querida Argelia, no pudiendo oponerse á la publicación de *Tartarin*, se las compuso de modo que lo dividió en pedazos intermitentes, con el horrible pretexto siempre, ya este-reotipado, de *la abundancia de originales*; de tal manera, que aquella novelita corta se eternizó en el periódico casi tanto como *El Judío Errante* ó *Los Tres Mosqueteros*. «¡Esto se estira, esto se estira!» refunfuñaba el zángano de Villemessant; y tenía yo mis temores de verme obligado á suspender la publicación otra vez.

Luego vinieron nuevas tribulaciones. El personaje de mi libro se llamaba entonces Barbarin de Tarascon.

Resultó que, precisamente en Taras-



con, había una antigua familia de Barbarin, que me amenazó con *empapelarme* si no quitaba, de prisa y corriendo, su apellido de aquella bufonada ultrajante.

Como tengo el santo temor de los Tribunales y de la Justicia, consentí en sustituir Barbarin por Tartarin en las pruebas ya tiradas, y entonces necesité engolfarme en una minuciosa caza de B, repasando el original línea á línea. Algunas se me escaparían en aquellas trescientas páginas, porque en la primera edición tropieza uno con varios *Bartarines*, *Tarbarines* y hasta *tuenas* noches. Al fin apareció el libro, y resultó bastante bien, á pesar de su aroma demasiado local, del que no todo el mundo gusta.

Es preciso ser del Mediodía, ó conocer mucho aquella tierra, para comprender cuán frecuente es allí ese tipo de Tartarin, y de qué modo, bajo el espléndido sol tarasconense que los caldea y electriza, las aficiones burlonas de los cráneos y de las imaginaciones exagera y toma desenvolvimientos monstruosos, tan variados de forma y de dimensión como las cogurdas.

Juzgado desapasionadamente después de algunos años, *Tartarin*, con su corte desenfrenado y loco, me parece que tiene cualidades de juventud, de vida y de verdad; una verdad del lado allá del Loira, que aumenta, exagera, no miente nunca y *tarascone* siempre.

El estilo no es ni muy fino ni muy cuidado. Es lo que yo llamo *literatura de pie*, hablada, gesticulada, con los desenfrenados ademanes de un héroe. Pero debo confesar, por grande que sea mi amor al estilo, á la belleza de la prosa armónica y llena de color, que, en mi concepto, eso no es el todo para un novelista. Su verdadero triunfo será crear seres, poner en pie, á fuerza de verosimilitud, tipos de humanidad que en lo sucesivo circulen por el mundo, con el nombre, el gesto, la mueca que les haya dado y que hacen que se hable de ellos—ya se les deteste, ya se les ame—fuera de su creador, y sin que su nombre sea pronunciado.

Por mi parte, mi emoción es siempre la misma cuando, á propósito de un transeunte de la vida, de uno de esos mil fan-

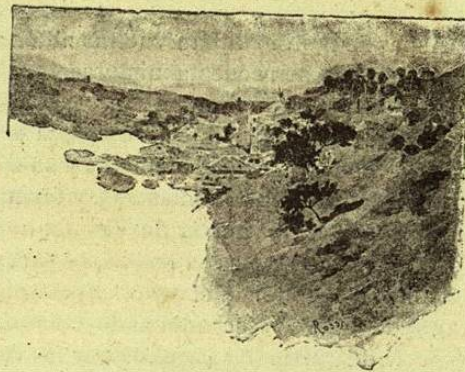


toches de la comedia política, artística ó social, oigo decir:

—Es un Tartarin... un Monpavon... un Delobelle.

Entonces siento un estremecimiento, el estremecimiento de orgullo de un padre que oye, confundido entre la multitud, los aplausos que se prodigan á su hijo, y que siente, durante todo el rato, vehementes deseos de gritar:

—¡Eh, que ese es mi hijo!



## HISTORIA DE MIS LIBROS

### CARTAS DESDE MI MOLINO

En el camino de Arlés, en las canteras de Fontvielle, pasado el monte de Corde y la abadía de Montmajour, se levanta, hacia el lado de la derecha, más arriba de un gran caserío polvoriento y blanco como un montón de piedras, una montaña cargada de picos, de un verde que refrigera aquel tostado paisaje.